

### La relación entre Max Aub y Juan Ramón Masoliver: la nostalgia como puente entre distancias insalvables

46



Anna Valls

«Bastante desilusionado, Juan Ramón. Bastante por no decir más. Cenaremos una noche. He aquí que estos que trajeron el régimen a cara descubierta son los que hoy —traspapelados— ya no están de buen ver.» (Aub 1995). Esta fue la impresión que el crítico, escritor y promotor cultural Juan Ramón Masoliver (Zaragoza, 1910-Barcelona, 1997), produjo en Max Aub cuando ambos se encontraron, el 18 de septiembre de 1969, durante el primer viaje de Aub a España después del exilio. Y de la siguiente manera, desde las páginas de *La Vanguardia*, Masoliver veía la llegada de Aub: «Buena entrada de caballo siciliano la del narrador y *teatrante* Max Aub, cuando esta es su venida a la España de los años mozos

y a traducir en viva presencia lo que ha sido denodado y eficaz servicio a la letra y el espíritu hispanos durante seis interminables y azarosos lustros de privación de patria» (Masoliver 1969). Son éstas dos impresiones que proyectan públicamente una amistad antigua, cultivada a lo largo de los años a pesar de las opciones contrarias de los dos protagonistas durante la Guerra Civil Española, en la que ambos tomaron parte activa en la defensa de la política cultural de los respectivos bandos: Max Aub desde la defensa de la República y el posterior exilio y Juan Ramón Masoliver desde su cargo de jefe provincial de Propaganda en el gobierno franquista durante la guerra y hasta 1940. Lo que nació como una convergencia de inquietudes intelectuales de juventud se desarrolló por caminos contrarios, hasta llegar a una aceptación mutua marcada por la resignación y el desencanto; justificada solamente por la nostalgia.

La historia de esta relación empieza en 1930, cuando el entonces estudiante de Derecho y Letras que era Masoliver formaba parte de un grupo de universitarios del mítico Pati de Lletres de la Universidad de Barcelona que se reunía en Vilafranca del Penedès para organizar actividades culturales. Entre ellas, representaciones teatrales y la edición de la revista *Helix*, una plataforma de difusión en Cataluña del ideario surrealista dirigida por Pere Grases y Masoliver. También formaban parte del grupo Rodolfo Llorens, Carles Clavería, Guillermo Díaz-Plaja, Ana María Saavedra y Ció Casanova. Vilafranca del Penedès fue el lugar escogido porque muchos de los integrantes del grupo eran naturales de allí y participaban en las iniciativas culturales del municipio.

Una de las sesiones teatrales auspiciada por el grupo se dedicó a Max Aub. El 4 de enero de 1930, en el Orfeó Vilafranquí, se representó *El casament per força*, de Molière y *El desconfiado prodigioso* de Aub, traducido como *El malfiat extraordinari* por Josep M. Millàs Raurell. La representación pretendía complementar o, como mínimo, acompañar una exposición de pintura promovida por *La Gasetta de Vilafranca* y en ella actuaron conjuntamente miembros del grupo de Masoliver y algunos integrantes del elenco teatral de la Asociación Católica vilafranquesa (Foguet 2003). Como ha señalado Francesc Foguet Boreu, las obras escogidas para la sesión teatral encajaban con el ideario vanguardista de *Helix*, porque combinaban tradición y aventura en un clásico como Molière pasado por el filtro de la modernidad, por un lado, y por el otro, se acogía la obra de un escritor español de vanguardia cuya obra era considerada por el grupo como un atrevido intento de penetrar en la modernidad.

Las páginas de *Helix* se ocuparon de esta sesión teatral, en el número 8 (enero de 1930). Allí se recogen las palabras que Aub envió a los organizadores para que fuesen leídas antes de la representación, donde defiende un teatro que golpee “de frente, de revés y al través” al espectador hasta hacerle olvidar su voluntad. En el artículo “Sessió de teatre Max Aub” en ese mismo número, Masoliver (aunque el texto aparezca sin firmar), además de dejar constancia de la velada teatral a modo de crónica, destaca la fuerza con la que la obra de Aub empuja hacia la búsqueda de la Verdad que, según los postulados surrealistas, se halla en el inconsciente del ser humano. También subraya Masoliver el acierto del personaje desconfiado que ya está embarcado en esa pesquisa. Nos hallamos, por lo tanto, ante el inicio del profundo respeto que Masoliver siempre sentirá por Aub.

Al acabar sus estudios de Derecho y Letras, Masoliver viajó a París a la Escuela de Altos Estudios Diplomáticos.

Poco después, tras su regreso a Barcelona, volvería a marcharse, esta vez para viajar a Génova, en cuya universidad trabajaría como lector, una labor que enlazó con la corresponsalía en Italia para *La Vanguardia*. Por lo tanto, no volvería a España hasta 1936, una vez iniciada la guerra. Sin embargo, sus viajes a Barcelona, como los de Max Aub, se sucedieron. Es precisamente en algunos de estos viajes en los que los dos escritores protagonizaron nuevos encuentros en la tertulia del Café Lyon, al final de la Rambla barcelonesa, donde se reunían Martín de Riquer, Josep Janés Olivé, Guillermo Díaz-Plaja, Xavier de Salas, Masoliver, Félix Ros y José Jurado Morales (Carbajosa; Carbajosa 2003).

### ***Relación quemada por la guerra***

Si como «generación quemada» Masoliver bautizó a aquel grupo de jóvenes que en los treinta iniciaban lo que se vaticinaba como una brillante carrera intelectual y que se vio truncada por la guerra, también se podría considerar quemada la relación entre Aub y Masoliver por las mismas circunstancias. El segundo optó por el bando insurrecto el 18 de julio, mientras que —en su fidelidad a la República—, el primero acabó en el exilio después de pasar por diferentes campos de concentración en Francia y Argelia. A partir de 1940, Masoliver renunció a su cargo como delegado de prensa y propaganda y aceptó la corresponsalía internacional de *La Vanguardia*; paralelamente, Aub protagonizaba la odisea que le llevaría a establecerse en México en 1942. Sin embargo, existen algunos indicios que nos hacen pensar que la relación entre ambos se mantuvo, como la correspondencia o envíos varios.

En junio de 1968, Aub publica en *Papeles de son Armadans* el artículo «Apunte de Jorge Guillén, con Max Aub al fondo, por éste», que ya había aparecido en el número de enero-febrero de ese mismo año de *Revista de Bellas Artes* en México. Aub envía un ejemplar de una separata de este artí-

culo a Masoliver, en el que introduce la dedicatoria «¡Feliz año!», cosa que, además de confirmar un cierto contacto entre ambos, hace pensar que el envío pertenece a finales de ese mismo año o principios del siguiente. Otra muestra de este contacto es el discurso en el que Max Aub ficcionalizó su investidura como miembro de la Real Academia de la Lengua en diciembre de 1956. Su parlamento de ingreso fue *El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo*, y como tal fue editado en México en 1971, aunque en la edición se hacía responsable a la madrileña Tipografía de Archivos, en Olózaga, I. Masoliver recibió un ejemplar de esta edición, con la que Aub volvía a felicitarle el Año Nuevo. Es difícil datar el envío, pero Ignacio Soldevila manejó un ejemplar con un autógrafo similar al que consta en el de Masoliver, donde se desea un «muy feliz 1972», por lo que podemos decir que ambos ejemplares forman parte del mismo envío cercano a las navidades de 1971 (Soldevila 2000). En el caso del ejemplar de Masoliver, Aub añade a la dedicatoria un significativo «diviértete», que resucita la idea de una antigua complicidad y un sentido del humor común.

### ***Los viajes de Max Aub a España después del exilio***

El 23 de agosto de 1969, Aub llegaba a Barcelona, con la intención (o excusa) de recopilar información para el libro que pretendía escribir sobre Luis Buñuel. «Vengo, no vuelvo», escribió, dijo y repitió el exiliado. «Venida más sonada en cuanto no es regreso —como en tantos del exilio— sino un asomarse, que permite ver con ojos limpios», como escribió Masoliver (Masoliver 1969) con motivo de la llegada de Aub a España. El viaje duraría hasta el 4 de noviembre de ese mismo año y le llevaría por Barcelona, Valencia y Madrid, además de una breve visita a Calanda, población natal de Luis Buñuel y de la madre de Masoliver. A su llegada, Aub encuentra un panorama que le resulta desolador: el público

español desconoce su trabajo, a pesar de las iniciativas editoriales que habían comenzado a recuperar sus obras. En 1969 se habían publicado en España las obras de teatro *San Juan*, en la revista *Primer Acto* (mayo 1964) y *Morir por cerrar los ojos* (Aymá, 1967); las novelas censuradas *Las buenas intenciones* y *La calle de Valverde* (Delos-Aymá, 1968); los relatos de *El Zopilote y otros cuentos mexicanos* (Edhasa, 1964) y *Yo vivo* (El Bardo, 1966); la colección de ensayos *Pruebas* (Ciencia Nueva, 1967) y una antología de *Mis páginas mejores* (Gredos, colección Antología Hispánica, 1966) (Aub 1995).

Masoliver, desde su tribuna en *La Vanguardia* —que ocupó a partir de su regreso a España a principios de los cincuenta tras su corresponsalía internacional— había escrito sobre Aub ya antes de la visita. El 14 de noviembre de 1968 publica «La lección de Max Aub», donde repasa los libros publicados por Aub antes de la guerra y comenta obras posteriores como *Jusep Torres Campalans*, *Campo de Almendros*, *La calle de Valverde*, *El laberinto mágico*, *Campo cerrado*, *Campo abierto* y *Campo de sangre*. Además, el autor vuelca algunos recuerdos de la amistad juvenil que mantuvieron.

«Rubianco, regordete y encristalado, siempre agitado y jocundo, parlanchín, con sus rodadas erres galas y no sé qué hipos germanos, amenazados con populacheras salidas de corte valenciano.»

Así describía físicamente al exiliado, a la vez que recuerda los tiempos de «viajante de botones a presión» y un cierto parentesco con Karl Marx, del que asegura que Aub era sobrino nieto. Sólo en un punto del artículo se puede hallar el reflejo de la oposición ideológica existente entre ambos, donde Masoliver denuncia que Aub siga aferrado a su discurso político anterior a la guerra civil, lo que le impide analizar la contienda con una cierta perspectiva. De hecho, como

reconoce el crítico literario, aceptar esa distancia o perspectiva hubiese sido «vaciar el drama»:

«Aunque alguna reflexión chirríe a nuestros oídos al calibrarla con los recuerdos. Si no fuese que de tan cerca nos toca, y más a quienes lo vivimos, sugeriría que se lea como si de contienda ajena se tratase. Pero es pedir imposibles, y el propio autor no admitirá esa inevitable pérdida de vigor, semejante vaciar el drama.»

Cuando el «teatrante» llegó a España, Masoliver sorprende dedicándole un artículo en el que apenas habla de él. El 18 de septiembre de 1969 –pocos días después del primer reencuentro entre ambos que Aub describe en *La gallina ciega* y que analizo más adelante–, Masoliver publica el artículo «De muertos, menos muertos», donde da la bienvenida a Aub, pero en un hábil requiebro abandona al valenciano para ocuparse de una pasión común: la poesía y la figura de Juan Ramón Jiménez. Antes, sin embargo, deja constancia de su solidaridad con quien durante «cinco lustros» se ha visto privado de patria y de fratria, puesto que, al volver, Aub se ha encontrado con grandes dificultades para entenderse con «las nuevas promociones de escritores y público lector». Masoliver se ocupa de Juan Ramón Jiménez porque recoge una denuncia de Aub en que éste reprochaba el olvido injusto a que se sometía en España a Juan Ramón. Masoliver recoge la protesta de Aub para reivindicar la figura del «andaluz universal», a la vez que reconoce públicamente el acertado criterio del valenciano no menos universal.

Otra muestra del respeto mutuo que se profesaban lo encontramos en *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*. Aub había publicado, entre 1932 y 1934, algunos fragmentos de esta novela en la revista *Azor*, dirigida por Luys Santa Marina; pero fue en 1934 cuando publicó la primera edición de la

novela, que ampliaría en 1965 y en 1971. En la introducción de la tercera parte, aparece una anotación firmada por Max Aub sobre el supuesto suicida protagonista de la novela. En ésta se valora cómo ha afectado el paso del tiempo a la figura de Álvarez Petreña y Aub menciona a Luys Santa Marina, Xavier de Salas y Juan Ramón Masoliver preguntándose si ellos recordarían a Álvarez Petreña, recurriendo a esa técnica tan habitual en él basada en la conjunción de realidad e imaginación. Al nombrar a estos intelectuales (los tres pertenecían al *establishment* franquista), Aub reconoce el respeto que siente por ellos, pero a la vez (en un gesto de afectuosa provocación) los interpela indirectamente al preguntarse cómo valorarían ellos –desde España– un personaje como Petreña. A propósito de la novela, el 10 de mayo de 1971 Aub enviaba una carta a Masoliver desde su residencia en la calle Euclides de México en la que le anunciaba la aparición de la edición definitiva de la obra y donde le avisaba que se vería citado. En la misma misiva, el exiliado comunica al crítico que al cabo de pocos meses también podría verse como personaje en *La gallina ciega*, «el relato de nuestro encuentro». La carta es una cuartilla que se encuentra en la Fundación Juan Ramón Masoliver. También existe una copia en la Fundación Max Aub.

*La gallina ciega* es un lúcido retrato de la España que el escritor exiliado encontró en su viaje de 1969. La primera aparición de Masoliver en este *Diario español* corresponde al 10 de septiembre, aunque es para constatar la ausencia del crítico en un cóctel con profesionales de la edición y la prensa de Barcelona. Cinco días después, Aub vuelve a citar a Masoliver para explicar la visita que le hizo acompañado de Manuel Herrero. La anotación hace referencia a la opción falangista de Masoliver durante el conflicto. En este punto es interesante recordar cómo Juan Ramón Masoliver insistió en numerosas ocasiones que él nunca fue falangista, sino requeté. Con ironía o asombro, Aub menciona que el crítico es primo lejano de

Buñuel, del cual recuerda cómo expulsó a Masoliver de su casa en 1934 porque éste había intentado hacerle propaganda falangista. Con tal recuerdo como punto de partida, en la conversación emergen los nombres de amigos comunes de la juventud: Luys Santa Marina, Carlos Clavería, Sebastián Gasch, Lluís Montanyà y Salvador Dalí.

En este encuentro, Aub se proponía entrevistar a Masoliver para su proyectado libro sobre Buñuel. La cita se convierte en un violento encontronazo de dos amigos que optaron por vías políticas diferentes y que, a pesar del amor común a la literatura o la cultura, corroboran que hay distancias insalvables. Este tono de desencanto y de aceptación resignada de la divergencia ideológica es el que Aub utiliza cuando se dirige a Masoliver:

«Saben de lo que hablan. Saben “de qué van” como se dice aquí; tristes y sin remedio. Sin darse por vencidos pero convencidos de que no tienen nada que hacer. Ni protestar pueden. De ahí cierta simpatía: no nos engañamos. Cosa rara: nos conocemos y nos reconocemos, cada quien en su sitio; ellos, desde luego, no en el que esperaban –con ciertas razones– merecer.» (Aub 1995)

El régimen ha sido nefasto incluso para aquellos que lo defendieron. Treinta y tres años después, el tedio y la miseria han colocado en lugares similares a exiliados y a algunos de aquellos que se quedaron al lado de los vencedores. Así se produce un acercamiento de posturas antagónicas y se recupera la entrañable simpatía que Aub siente por Masoliver y otros personajes similares.

El entusiasta humanista vuelve a aparecer fugazmente en otras páginas del diario, cuando el 18 de septiembre lleva a cenar, a Aub, su esposa Peua y ocho personas más, a un res-

taurante cerca de su casa en Vallençana –la residencia familiar de veraneo en Montcada i Reixac que se convertiría en su refugio a partir de mediados de los cincuenta–, el mismo donde celebró algunas de las sesiones del Premio de la Crítica en la década de los sesenta. Y todavía aparece otra vez Masoliver, en la «Reflexión sobre la vejez» que Aub escribe el 6 de octubre. Alejado de la valoración política, el exiliado hace un balance sobre cómo ha afectado el paso del tiempo a algunos amigos de juventud. Con un juicio de una racionalidad que roza la frialdad para huir de tópicos sensibleros, Aub afirma que la vejez no los ha hecho más sabios ni más ruines ni más lúcidos, sencillamente, más torpes físicamente: de nuevo otra muestra del determinismo de Aub, que le impele a pensar que la situación, política y cultural, sobre todo, en España no puede cambiar.

El Masoliver de los *Diarios* de Max Aub está cubierto de la misma pátina de nostalgia decepcionada que comentábamos en *La gallina ciega*. Aub continúa fiel a una amistad que se ha mantenido a lo largo de los años –además de la carta de 1971, en la Fundación Masoliver se conserva una breve tarjeta de hotel que Aub envió a Masoliver desde Chipperfiel, Herts (Inglaterra), donde hizo escala para visitar a su hija Mimín, antes de su regreso a México, para dejar «constancia y agradecimiento de nuestra vieja amistad»– pero vuelve a llegar a la misma conclusión de que «no hay nada que hacer». En el fragmento del 11 de junio de 1972 de su diario, Aub asegura que a pesar de que continúe la cordialidad y el recuerdo de una amistad pasada, también permanece la diferencia insalvable. El fragmento está dominado por la desolación que caracteriza la escritura de estas entradas. La política ya no es una discusión apasionada, sino una fuente de decepción y de nostalgia por la sociedad que ni los republicanos supieron defender ni los fascistas respetar. El enfrentamiento político ha quedado diluido; sin embargo, Aub y Masoliver no pueden llegar a

una visión del pasado consensuada. La traición, los campos de concentración y el exilio construyen con los años una visión diferente a la de alguien que se sumó al bando insurgente por amor a las tradiciones y que acabó en una desilusión similar a la de los exiliados; de una manera u otra, los dos formaban parte de generaciones quemadas:

«Comida en casa de Juan Ramón Masoliver. Ultratumba. Sí. La guerra –para los que tomamos parte en ella– no se olvida ni se olvidará, siempre presente aunque “reanudemos relaciones”. Imposible olvido. Tú estuviste con unos, yo con otros. Olvidarán nuestros hijos; no digamos nuestros nietos, pero nosotros no. A pesar de nuestros deseos, algo se alza insalvable. Cordialmente, puede no haber barrera; en el orden del espíritu, ahí está, inamovible.» (Aub 1998)

En su visita, Aub se escandaliza porque Masoliver ignoraba la muerte de algunos exiliados, lo que constituye una muestra más del desconocimiento que en España se tenía de todo lo referente a los desterrados:

«Hondísima tristeza. No hay nada que hacer, nada. Dejar al aleatorio futuro el que se restablezca algo cercano a la verdad que nadie sabe cómo fue.» (Aub 1998)

El 12 de junio Aub vuelve a citar a Masoliver y se refiere a un capítulo poco conocido de la vida del crítico: su boda a mediados de los treinta con una condesa rusa, Niusa Skarginsky. El matrimonio duró poco. Según algunos testimonios, porque la condesa se negó a acompañar a Masoliver a España cuando éste decidió participar en la guerra. Ante el secretismo que rodea este aspecto de la vida del crítico, resulta, como mínimo curioso encontrarlo en los diarios de Aub:



Manel Sorrosal

«Masoliver: mataron a su mujer, polaca, en 1936 o mejor dicho, desapareció. Llegó de Roma el 14 o el 15. Nunca habla de ello y en cambio está en contra de su amigo, que manda una compañía y mata a un polaco y a un alemán, por serlo.» (Aub 1998)

Fragmento especialmente críptico. Según los testimonios familiares, la primera mujer de Masoliver era una condesa rusa, y no polaca como afirma Aub. En cuanto a su posible muerte en 1936, tampoco coincide con lo explicado por la familia, que asegura que años después, en los cincuenta, algún miembro de los Masoliver se encontró con ella por Roma. De la entrada del diario también se deduce que Aub está evocando la participación de Masoliver en la guerra y que pretende explicar que éste llegó desde Roma pocos días antes de la insurrección del 18 de julio (el 14 o el 15). Sobre el matrimonio, Aub está en lo cierto cuando afirma que «nunca habla de ello», lo que causó que el tema se convirtiera en casi una leyenda. Tampoco se entiende al autor cuando

habla sobre el amigo de Masoliver que manda una compañía y mata a un polaco y un alemán sólo por serlo. Es posible que Aub esté censurando la actitud de Masoliver, quien se atreve a criticar determinadas conductas bélicas (las «de su amigo») cuando él mismo tomó parte en un bando determinado en un conflicto bélico y no habla de ello como tampoco lo hace de su primer matrimonio.

Masoliver todavía aparecería en otra de las obras aubianas. Tras la muerte de Aub, en 1985 la editorial Aguilar publicó algunas de las entrevistas que el exiliado había realizado para su proyectada gran obra sobre Buñuel en el volumen *Conversaciones con Buñuel seguidas de 45 entrevistas con familiares, amigos y colaboradores del cineasta*. Uno de estos cuestionarios es el que hizo a Masoliver, primo lejano de Buñuel. El crítico habla sobre la familia Portolés —la de la madre de Buñuel— en Calanda y alaba la belleza y el carácter de su tía. Merece la pena destacar que los dos primos lejanos coincidían en una adoración casi fanática por sus respectivas madres. Masoliver también habla de los años de estudiante de Buñuel en la Residencia de Madrid y su relación con Dalí y Lorca. Sale a colación en la entrevista la participación de Masoliver en el rodaje de *L'âge d'or*. De la entrevista, llama la atención la capacidad de Aub para fijar la tan particular manera de hablar de Masoliver: sus frases entrecortadas, los exabruptos inesperados y la agilidad de ideas.

### **Homenaje póstumo**

El 25 de julio de 1972, tres días después de la muerte de Aub, Masoliver publicaba la necrológica del exiliado en las páginas de *La Vanguardia*. Bajo el título «Max, el vanguardista», Masoliver repasa la figura y la obra del fallecido. Los recuerdos del homenajeador fluyen espontáneamente para recordar la visita a España que había hecho Aub tres años antes y que dejó fijada en *La gallina ciega*:

«Una crónica en que, no sé si bien o mal librados, nos movemos —con la amarga carga de esos muchos años— los que entonces subsistimos y muchos de los de después».

Sobre esta obra, Masoliver añade que se trata de un testamento que ofrece la filosofía personal del autor. En su recuerdo de los últimos encuentros con Aub, Masoliver menciona el encuentro en Vallençana para hablar sobre Buñuel:

«El gesto derribado, todo ojos, casi abultando más que las grandes gafas, cuando al apearse me congratuló por su buen aspecto, pese a los tres achuchones de corazón disminuido, estrecho de hombros y más abultada, por lo mismo, la no chica cabeza, poco quedaba del Maxito, de nuestras mocedades, aquel rubianco, encristalado y regordete».

Después de recordar su ascendencia familiar, Masoliver vuelve a los años de juventud para evocar al Aub vanguardista, al que diferencia claramente del Aub gramático o profesor. El crítico reivindica al primero, a pesar de que considera que en los años previos a su muerte gozó de mayor reconocimiento el Aub de las últimas obras. Masoliver, en cambio, defiende el Maxito vanguardista frente al adoctrinador. Un gesto no exento de nostalgia: recuperar al Aub vanguardista era recuperar los tiempos de *Hèlix*.

La biografía de Juan Ramón Masoliver y Max Aub justifica que los dos pudiesen ser transformados en personajes literarios para las respectivas creaciones. La aparición de uno y otro en sendos trabajos son las instantáneas de una relación compleja, en la que la nostalgia de la juventud establece la única vía de comunicación posible que se alza entre el abismo que separa dos márgenes irreconciliables.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

### A. Bibliografía general

- AA.VV. (2000). *Max Aub. Documenta (1903-1972)*. Valencia: Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana/Generalitat Valenciana.
- (2000). *Max Aub/Jusep Torres Campalans*. Valencia: Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana/Generalitat Valenciana.
- AZNAR SOLER, Manuel (1993). *Max Aub y la vanguardia teatral: Escritos sobre teatro (1928-1938)*. Valencia: Aula de Teatre/Universitat de València.
- (ed.) (1978): *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana* (II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas). Barcelona: Laia.
- CARBAJOSA, Mónica; CARBAJOSA, Pablo (2003). *La corte literaria de José Antonio*. Barcelona: Crítica.
- FOGUET, Francesc (2003). «Hèlix: una avantguarda sense teatre». *Quaderns de Valençana*, núm. 1 (junio), p. 36-47.
- HERNÁNDEZ, Sònia; ACÍN, Ángel (2002). *Juan Ramón Masoliver. Dies llegits*. Montcada i Reixac: Fundació Juan Ramón Masoliver.
- MASOLIVER, Juan Ramón (1968). «La lección de Max Aub». *La Vanguardia* (14 noviembre).
- (1969). «De muertos, menos muertos». *La Vanguardia* (18 de septiembre).
- (1972). «Max, el vanguardista». *La Vanguardia* (25 de julio).
- (1930). «Sessió de teatre Max Aub». *Hèlix*, núm. 8 (enero).
- MASOLIVER RÓDENAS, Juan Antonio (1995). «J.R. Masoliver: “Leer sirve para vivir”». *Culturas de Diario 16* (4 marzo), p. IV-V.
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio (2001). *Historia de la novela española (1936-2000)*. Vol. I. Madrid: Cátedra

- (2000). «Bibliografía de Max Aub». En: *Max Aub. Documenta (1903-1972)*. Valencia: Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana/Generalitat Valenciana.
- VALLS, Fernando (1983). «Hablando con Juan Ramón Masoliver». *Cuadernos de traducción e interpretación*, p. 163-175.

### B. Ediciones de obras de Max Aub utilizadas en este trabajo

- AUB, Max (1995). *La gallina ciega*. Edición. de Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba Editorial.
- (1998). *Diarios (1939-1972)*. Edición. de Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba Editorial.
- (1999). *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*. Madrid: Viamonte.
- (1985). *Conversaciones con Buñuel*. Madrid: Aguilar.

Artículo publicado por primera vez en AA.VV. (2006). *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Edición de Manuel Aznar Soler. Sevilla: Grupo de estudios del exilio literario/Renacimiento.